

La escritura de los dioses

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Writing of the Gods.*

The Race to Decode the Rosetta Stone

En cubierta: © markku murto / Alamy Photo Stock

Las ilustraciones del interior proceden de Wikimedia Commons y de la edición original de Scribner, Nueva York, 2021

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Edward Dolnick, 2021

Publicado por acuerdo con

Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria

© De la traducción, Victoria León

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-28-9

Depósito legal: M-24-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Edward Dolnick

LA ESCRITURA DE LOS DIOSES

Descifrando la piedra de Rosetta

Traducción del inglés de
Victoria León

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 142 (Serie Mayor)

Índice

Cronología	13
Prólogo	15
1. La carrera	19
2. El hallazgo	27
3. El reto	31
4. Voces del polvo	37
5. Tan cerca y tan lejos	45
6. El héroe conquistador	59
7. La cubierta en llamas	67
8. Monsieur Smith se retira	75
9. Una celebridad en piedra	81
10. Primeras conjeturas	87
11. Los rivales	95
12. Thomas Young casi sorprendido	107
13. Arquímedes en su bañera, Thomas Young en su casa de campo	115
14. Por delante	123
15. Perdidos en el laberinto	129
16. Sabiduría antigua	139
17. «Una cifra y una escritura secreta»	151
18. El exilio	159
19. Llega Champollion	169
20. «Un auténtico caos»	177
21. El nacimiento de la escritura	183

22. El gigante paduano	191
23. Abu Simbel	197
24. ¡Eureka!	205
25. La revelación	215
26. Un pato puede ser la madre de alguien	221
27. Aguzando el oído	229
28. La fuerza del número	239
29. Unas piernas que andan	247
30. Túnicas limpias y manos suaves	253
31. Sin trabajo	265
32. El faraón perdido	271
Epílogo	279
Agradecimientos	285
Notas	287
Bibliografía	315
Índice onomástico	327

Para Lynn, y para Sam y Benn

«Aquí estamos, en Egipto, el país de los faraones, el país de los Ptolomeos, el reino de Cleopatra [...] con la cabeza tan afeitada como tu rodilla, fumando en largas pipas y bebiendo café recostados sobre divanes. ¿Qué puedo decir? ¿Cómo escribir sobre esto? Apenas me he recuperado del primer asombro».¹

GUSTAVE FLAUBERT, 1850

Cronología

- 3100 a. C. – Primeros jeroglíficos
 - 2686 a. C. – 2181 a. C. – Imperio Antiguo
 - 2600 a. C. – Gran Esfinge; Gran Pirámide
 - 2040 a. C. – 1782 a. C. – Imperio Medio (edad de oro de la literatura egipcia)
 - 1570 a. C. – 1070 a. C. – Imperio Nuevo (la era más próspera de la historia de Egipto)
 - 1334 a. C. – 1325 a. C. – Reinado de Tut
 - 1279 a. C. – 1213 a. C. – Reinado de Ramsés II (el faraón más poderoso de Egipto)
 - 332 a. C. – Alejandro Magno conquista Egipto
 - 196 a. C. – Inscripción de la piedra Rosetta
 - 30 a. C. – Roma conquista Egipto; Cleopatra se suicida
-
- 394 d. C. – Inscripción de los últimos jeroglíficos
 - 642 – Los árabes conquistan Egipto
 - 1773 – Nace Thomas Young
 - 1790 – Nace Jean-François Champollion
 - 1798 – Napoleón invade Egipto
 - 1799 – Se descubre la piedra de Rosetta

(Todas las fechas antiguas son estimaciones de historiadores y arqueólogos).

Prólogo

Imaginemos a un arqueólogo, dentro de mil años, cuya pala tropezara con algo sólido y duro escondido en la tierra. En esa época remota, nadie sabe con certeza si alguna vez existió una tierra llamada Estados Unidos o si ese nombre se refería solo a un lugar legendario como la Atlántida. Nadie habla inglés. Solo unos pocos fragmentos escritos en lengua inglesa han sobrevivido. No hay nadie que pueda descifrarlos.

La piedra bajo la pala parece tersa en parte de su extensión, pero una mirada atenta revela que no es más que un fragmento de lo que seguramente fue un bloque de mayor tamaño. Aun así, la tersura es suficiente como para acelerar el pulso; una obra de la naturaleza no suele ser tan pulcra. Y una segunda mirada resulta aún más prometedora. Esas líneas y curvas en la piedra ¿podrían ser algún tipo de inscripción?

A lo largo de semanas y meses, los equipos de investigación trazan laboriosamente los signos grabados y erosionados. Los examinan sin descanso, intentando discernir un significado en esos misteriosos símbolos. Algunos están demasiado dañados o gastados para distinguirlos, y otros faltan por completo.

OUR SC E AN SEV

Y algunos eruditos creen que el mensaje ha de leerse al revés:

VES NA E CS RUO

¿Cómo habrían de proceder los investigadores? Sin saber inglés, sin conocer la historia de América, ¿llegarían a descubrir que una vez la piedra de un templo proclamó cierto mensaje que empezaba diciendo «hace ochenta y siete años...»?^{*}

^{*}En el original, «Four score and seven years ago...», el comienzo del célebre discurso de Abraham Lincoln en Gettysburg (1863). (*N. de la T.*)

LA ESCRITURA DE LOS DIOSES

CAPÍTULO UNO

La carrera

En 1799, el año del descubrimiento de la piedra de Rosetta, Egipto era un páramo sofocante y empobrecido. Pero eso poco importaba. Era el antiguo Egipto lo que cautivaba a Occidente, y este nunca había perdido su poder de seducción.

Heródoto, el «padre de la historia», había sido el primer extranjero que describió las maravillas de Egipto. En el 440 a. C., hechizó a sus lectores con historias de una tierra cuyo mismo aspecto era peculiar. Egipto hacía alarde de un «clima único»² y un río «que mostraba una naturaleza distinta de la de todos los demás». Y, lo más importante, los propios egipcios eran un pueblo cuyas «costumbres se oponían a las del resto de los hombres en casi todos los asuntos».

Egipto se diferenciaba de cualquier otro país en que era una delgada línea de verdor rodeada por miles de kilómetros de desierto a un lado y a otro. Y el Nilo se diferenciaba del resto de los ríos en que fluía de sur a norte (algo que parece contrario a la naturaleza) y, lo más importante, en que se desbordaba todos los años, aunque Egipto casi nunca viera la lluvia. Cuando las inundaciones retrocedían, dejaban una fértil tierra negra perfecta para sembrar.

El mundo antiguo giraba en torno a la agricultura, y en todo el mundo, menos en Egipto, era una cuestión imprevisible. En otras tierras, las lluvias podían llegar y traer prosperidad una temporada o podían faltar y hacer que las cosechas se secaran y las familias pasaran hambre.

Pero, Egipto, bendecida por los dioses, apenas tenía que preocuparse por eso. Aunque los cielos estuvieran permanentemente claros, la riada casi nunca faltaba, llegaba y siempre seguiría llegando, un año tras otro. Era el más raro de los dones, un milagro

con garantía de eternidad. Protegidos de los enemigos por murallas de desierto al este y al oeste, por el mar al norte y por violentos rápidos al sur, Egipto se mantenía a salvo y próspero como la envidia del mundo.

Y, por encima de todo, Egipto era un país inmensamente rico. «El oro es en Egipto como las arenas del desierto»,³ observó con envidia cierto rey de la vecina Asiria en la época del rey Tut. Era casi cierto. Tut no fue nadie; el que pasó más desapercibido entre todos los faraones y, sin embargo, las riquezas enterradas con él siguen deslumbrando hasta hoy a los asiduos de museos. Fue enterrado en un sarcófago dentro de otro sarcófago y este, a su vez, dentro de un sarcófago, y el último de ellos era de oro macizo y pesaba casi cien kilos. Dentro yacía la momia, envuelta en lienzos, de Tut, con la cabeza y los hombros cubiertos por una elegante y reluciente máscara de oro que descansó allí sin ser vista por nadie durante tres mil años.

La de Egipto fue la más conocida y de vida más larga de todas las culturas antiguas. El periodo de tiempo que abarcó resulta casi inconcebible. Los faraones reinaron desde, aproximadamente, el año 3100 a. C. hasta el 30 a. C., el año del suicidio de Cleopatra. La historia de Estados Unidos apenas llega a los tres siglos. La de Egipto recorrió *treinta*.

Intentar colocar hitos en una cronología egipcia supone exponerse al vértigo. La Gran Pirámide y la Esfinge, los monumentos más conocidos de Egipto, son más antiguos que Stonehenge. Ambos datan de alrededor del año 2600 a. C. (frente al año 2400 a. C. que se estima para Stonehenge). Cuando se construyeron, Egipto ya tenía cinco siglos.*

Desde la época de las pirámides hasta el reinado de Cleopatra transcurrió más tiempo que desde Cleopatra a los hermanos Wright. A lo largo de casi todo ese vasto periodo, Egipto estuvo en la cima del mundo.

*Una cronología de las estructuras más famosas del mundo incluiría el Partenón, construido en los alrededores del 450 a. C.; el Coliseo de Roma, de alrededor del 100 d. C.; el Angkor Wat, de alrededor de 1100; la Gran Muralla China, de alrededor de 1400; San Pedro, de alrededor de 1600, y el Taj Mahal, de alrededor de 1650.

Y, en los dos mil años que siguieron, desde la época de Cleopatra y César hasta nuestros días, la mística de Egipto no ha desaparecido nunca. En ese país maravilloso, un viajero turco escribió en 1671 que había visto «cientos de miles de cosas prodigiosas y extrañas»⁴ y «ante todas y cada una de ellas nos hemos detenido en el asombro más absoluto».

Nadie, hoy en día, dedica un solo pensamiento a reinos que una vez fueron tan poderosos como Asiria o Babilonia, pero la estrella de Egipto no se ha apagado nunca. Y nunca ha brillado con más fuerza que a finales del siglo dieciocho, cuando Napoleón condujo su ejército hacia allí.

Además de los argumentos diplomáticos para invadir Egipto, hubo un motivo más simple: los héroes de Napoleón, Alejandro Magno y Julio César, habían conquistado Egipto, y él tenía que imitarlos. Se hizo acompañar de un ejército de científicos y artistas cuya misión era estudiar Egipto y llevar hasta allí las bendiciones de la civilización francesa. Y sus apasionantes relatos de las maravillas que habían visto acabarían alimentando una fiebre que se conoció como egiptomanía.

Para los europeos, la palabra *Egipto* conjuraba una mezcla de belleza (*¡Cleopatra!*), esplendor (*¡las pirámides!*) y misterio (*¡la Esfinge!*). Todo ello sazonado con una pizca de estremecido horror (*¡momias!*) que elevaba aún más el entusiasmo. (A su regreso a Francia, Napoleón obsequió a su esposa, la emperatriz Josefina, la cabeza de una momia).⁵

En épocas tempranas, solo los europeos más osados se habían aventurado a viajar por aquella tierra remota. Y se maravillaron ante visiones que allí, para los estándares locales, era tan rutinarias como la salida y la puesta del sol. «Vi el Nilo, al llegar, caudaloso, pero no desbordado»,⁶ escribió un viajero inglés llamado William Banks en 1815. «Lo vi un mes después extenderse como un mar por toda la faz de Egipto, con aldeas que sobrenadaban su superficie y hombres y ganado que tenían que vadearlo para ir de un punto a otro».

A ojos occidentales, todo resultaba asombroso —el delgado hilo verde del Nilo sobre un vasto lienzo marrón, por supuesto, pero también las palmeras, los espejismos, las langostas, la infinita

extensión de arena del desierto—. «Para un europeo, no es otro clima, sino otra naturaleza, lo que tiene ante sí», escribía Bankes.

Y ese asombro se extendía a los jeroglifos, su antiguo e imponente sistema de escritura.* A lo largo del vasto periodo de tiempo que transcurrió hasta que la piedra de Rosetta reveló sus secretos, el misterio de los jeroglifos golpeó el rostro de cada visitante de Egipto. Provocadora, enloquecedoramente, los monumentos y tumbas de Egipto se hallaban cubiertos de complejos pictogramas —una «infinitud de jeroglifos»,⁷ en palabras de un explorador temprano—, que nadie sabía cómo descifrar.

Las paredes de los templos albergaban largos mensajes, al igual que cada columna de estos (y cada superficie, incluidos los techos y hasta la cara oculta de las vigas), y al igual que los obeliscos, y las incontables hojas de papiro, y los sarcófagos que encerraban a las momias, e incluso sus vendajes. «Apenas queda el espacio de una punta de punzón o de un ojo de aguja que no contenga una imagen, un grabado o algún tipo de escritura indescifrable»,⁸ escribió un viajero desde Bagdad en el año 1183.

Heródoto había contemplado esas inscripciones sin comprenderlas. Todos los eruditos que siguieron sus pasos —durante casi dos milenios— leyeron atentamente las inscripciones talladas en los obeliscos que los conquistadores se llevaron a casa o que los viajeros copiaron cuidadosamente. Y salieron con las manos vacías, desconcertados por aquellos misteriosos zigzags, pájaros, serpientes y semicírculos.

Frente a aquellos símbolos que no eran capaces de descifrar, podrían haber reducido los misteriosos trazos a meros elementos ornamentales. Pero hicieron justo lo contrario.

Los más profundos pensadores de Europa proclamaron que los jeroglifos eran una forma de escritura mística superior a todas las demás. Los jeroglifos no representaban letras o sonidos, como los símbolos de los sistemas ordinarios de escritura, sino *ideas*, según aquellos eruditos.

* Los símbolos son *jeroglifos*, no *jeroglíficos*. Los egiptólogos se horrorizan con el uso incorrecto del término, aunque sea prácticamente universal. Insisten en que *jeroglífico* es un adjetivo, como *artístico*.

No se trataba, simplemente, de que los símbolos jeroglíficos expresaran significados sin palabras, como las señales de prohibido fumar que muestran un cigarrillo cruzado por una barra oblicua roja. La verdadera cuestión era que los jeroglifos no expresaban mensajes mundanos, sino verdades profundas y universales.

Lingüistas e historiadores insistieron en que aquellos extraños símbolos no tenían nada que ver con los alfabetos habituales en otras culturas. Los alfabetos ordinarios, como los que se utilizaron en Grecia o en Roma, bastaban para las cartas de amor o los recibos de impuestos, pero los jeroglifos habrían tenido un propósito más alto. Los eruditos descartaron la posibilidad de que los jeroglifos pudieran usarse para mensajes o listas corrientes —leche, manteca, comida para los niños— en la firme creencia de que cada texto jeroglífico era una reflexión sobre la naturaleza del espacio y el tiempo.

La belleza de los jeroglifos podría explicar en parte aquella equivocada reverencia. Los símbolos animales, sobre todo, parecen pequeñas obras de arte más que escritura; los mejores ejemplos parecen salidos de los apuntes de campo de un naturalista.

Cuando los lingüistas estudiaban por primera vez otras escrituras menos imponentes, tendían a equivocarse en sentido contrario —*por supuesto que estos garabatos no pueden representar palabras ni letras*—. Los eruditos que acuñaron el término *cuneiforme* para uno de los primitivos sistemas de escritura de vida más larga e importante nunca creyeron, por ejemplo, que se tratara en absoluto de escritura.

Thomas Hyde fue una autoridad en lenguas antiguas —catedrático en Oxford de Hebreo y Árabe—, y en 1700 publicó un grueso volumen sobre la antigua Persia. Descartaba allí los signos ornamentales cuneiformes encontrados en innumerables tablillas de toda Persia. No eran escritura —argumentaba Hyde a pesar de que muchos eruditos insistían en lo contrario—, sino un elaborado despliegue de cuñas y flechas decorativas.

Resultó que la escritura cuneiforme, en diferentes variedades, se usó para escribir toda una serie de lenguas de Oriente Medio durante tres mil años. La única contribución perdurable de Hyde, a juicio de los especialistas modernos, fue proporcionar «un no-

torio ejemplo de lo equivocado que un catedrático, y en su caso, un doble catedrático, podía llegar a estar». ⁹ (La cuneiforme fue la escritura más temprana de todas, según la mayoría de los eruditos. Apareció por primera vez alrededor del año 3100 a. C. Un poco antes de los más tempranos jeroglifos egipcios, que datan de alrededor del año 3000 a. C. Mientras que la escritura china más antigua data de alrededor del 1200 a. C.).

Otro hallazgo arqueológico de gigantesca importancia encontró el mismo rechazo despreciativo por casi idéntica razón. El sistema de escritura llamado lineal B, un predecesor del griego, se descubrió en la isla de Creta durante la década de 1880 en unas inscripciones halladas en enormes bloques de piedra. Creta era una tierra rica en mitos e historia. Fue en Creta donde el rey encerró a Ícaro y a Dédalo en una torre de la que padre e hijo escaparon lanzándose al cielo provistos de alas con plumas.

El lineal B, que data de alrededor del año 1450 a. C., resultaría ser el sistema de escritura más temprano que dejó testimonios en Europa. Habría sido perdonable que los arqueólogos, deslumbrados por la posibilidad, hubieran encontrado más significado en esos símbolos del que en realidad les pertenecía. Fue al contrario. Cuando los especialistas examinaron por primera vez aquellas inscripciones en lineal B, afirmaron que se trataba de «señales de albañil». ¹⁰

Casi nadie trató los jeroglifos con desdén, en cambio. Grabados en muros de templos y obeliscos, se celebraron como profundas visiones de lo más recóndito de la naturaleza. Sus equivalentes modernos serían verdades como $e = mc^2$ que pueden ser puestas por escrito (y entendidas) de idéntica manera por físicos de Shanghái y de Chicago. Durante casi dos mil años, los eruditos europeos pensaron en los antiguos sacerdotes egipcios como hoy pensamos en los científicos —sabios que idearon un código arcano que revelaba conocimientos cruciales a quienes lo conocían, pero nada en absoluto a los no iniciados en sus secretos—.

En palabras del filósofo del siglo tercero Plotino, «[los escribas egipcios] se ahorran todo el trabajo de las letras, las palabras y las frases». Los sabios de Egipto habían encontrado algo mucho mejor —una manera de comunicar ideas mediante el dibujo de

signos—. «Cada signo era por sí mismo una porción de conocimiento, una porción de sabiduría, una porción de realidad inmediatamente presente».¹¹

Pero esto no era más que una conjetura, pues ni una sola persona en el mundo conocía el significado de un solo jeroglifo. Egipto estaba cubierto de infinitos mensajes, y todos y cada uno de esos mensajes eran mudos.

Fue el auge del cristianismo lo que supuso el final de la escritura jeroglífica. A comienzos del siglo cuarto, el emperador romano Constantino se convirtió a dicha fe. Y ese acto espoleó uno de los cambios de curso más importantes en la historia del mundo. Más avanzado el siglo, el cristianismo se convertiría en la religión oficial de Roma. Y a finales de este la enclenque nueva fe se volvería lo bastante poderosa como para proscribir a sus rivales.

En el año 391, el emperador romano Teodosio el Grande ordenó que todos los templos de Egipto fueran destruidos como afrentas al cristianismo. (El castigo por adorar a los antiguos dioses paganos, incluso en la privacidad del hogar, era la muerte).¹² La última persona que escribió una inscripción con jeroglifos la grabó en la pared de un templo de File, una isla lejana del alto Nilo, en el año 394.

Los edictos como el promulgado por Teodosio eran nuevos. La guerra y la persecución eran tan viejas como la humanidad, pero la cuestión rara vez había sido que uno de los bandos creyese en los dioses equivocados. En los tiempos en que el politeísmo era prácticamente universal, los conquistadores que tomaban un nuevo territorio tendían a asumir también sus dioses locales. Si ya se adoraba a varias docenas de dioses, no resultaba un problema hacer sitio a unos cuantos más.

Pero entonces llegaron el monoteísmo y la fe en un único dios verdadero, y todo cambió. «Los griegos y los romanos habían respetado a los dioses antiguos [antes de la conversión de Constantino],¹³ pero el monoteísmo es por su misma naturaleza intolerante», escribe la egiptóloga Barbara Mertz. Los jeroglifos, como emblemas de las malas viejas costumbres, fueron objeto de especial condena. Y, una vez prohibidos, no tardaron en olvidarse.

En olvidarse en Egipto, en cualquier caso. En Europa y en el mundo árabe los intentos de descifrarlos nunca cesaron, pero nunca progresaron tampoco. Pensemos en lo mucho que ese halo de misterio se mantuvo. Roma cayó y la «infinitud de jeroglifos» siguió conservando sus secretos. (Roma había estado tan obsesionada con Egipto que los conquistadores se llevaron a casa trece inmensos obeliscos adornados con jeroglifos y hoy quedan más obeliscos egipcios en Roma que en Egipto). Llegó la Edad Media y las catedrales cuyas agujas hendían el cielo se alzaron por toda Europa —eran las primeras estructuras salidas de la mano del hombre en cuatro mil años que superaban la altura de las pirámides—, y durante todos esos años tampoco se hicieron avances en descifrar los jeroglifos. Vino el Renacimiento, y tras él la edad de la ciencia, el nacimiento del mundo moderno y... nada.

Según el tópico, una materia desconocida es un libro cerrado, pero el caso de Egipto era diferente. Egipto era un libro abierto, con ilustraciones en cada página, que nadie sabía leer.